

Diagnóstico sobre educación

Por A. De Oto Gilotau

Para LA NACION

DESPUES de leer el diagnóstico realizado por el Dr. Horacio Sanguinetti el 11 de octubre en LA NACION me pregunto qué debemos hacer quienes estamos al frente de una institución educativa y queremos colaborar con el crecimiento de nuestro país.

El mayor inconveniente que se presenta ante la situación que describe con acierto el rector del Colegio Nacional de Buenos Aires es que una vez que el círculo vicioso cierre y los alumnos egresados de este sistema educativo en el que “no funciona nada” dirijan nuestro país, habremos retrocedido a los primeros años de la historia de la patria, cuando los que podían debían ir a estudiar afuera.

Quienes trabajamos en contacto con esta realidad debemos ser los que iniciemos los cambios que veamos necesarios. Suponer que en este momento del país una política educativa será eficaz en su bajada hasta el aula sería ingenuo. Es importante tener en claro que todos somos responsables por la situación que está pasando nuestro sistema educativo, la clase política, la escuela y la familia.

La medida demagógica, dictada por la Legislatura porteña, de prohibir las amonestaciones sin proponer un sistema mejor nos obligó a buscar alternativas en soledad. La deficiente capacitación nos obligó a capacitar a nuestros docentes en nuestras instituciones asumiendo el costo. La parálisis de la aplicación de la ley federal de educación en la Ciudad de Buenos Aires nos obliga a hacer malabares para que la convivencia de dos leyes distintas no afecte a nuestros alumnos que, después del 6° año de EGB 2, pasan a 7° grado de la vieja escuela primaria con un sistema de calificaciones distinto, por enumerar sólo una de las diferencias. La feroz competencia por *obtener* alumnos obligó a muchos colegios privados –atendiendo a la demanda– a priorizar la enseñanza de computación o inglés. En un sistema educativo en el que parecería que es mejor aquel que más actividades realiza, no nos podemos quejar de que nuestros alumnos egresen sin comprender lo que leen o sin poder escribir bien un texto.

Los mismos padres que exigieron computación desde sala de 5 años son los que en secundaria van al colegio a pedir ayuda para que sus hijos dejen de usar la computadora “hasta cualquier hora”. Los mismos padres que se quejan de que sus hijos, cuando llegan a la adolescencia, “no tocan un libro” son los que cuando sus hijos cumplan 5 años les instalaban en sus cuartos televisores ¡con cable! Los mismos padres que no supieron construir una sana autoestima en sus hijos son quienes, cuando llega una evaluación con “muchas correcciones”, argumentan que no son buenas para la autovaloración de su criatura.

Los colegios que ante esta realidad, por temor a la polémica o a la reacción de las asociaciones de padres, nos acomodamos a estos desordenes, hemos pecado por omisión, por no iluminar a padres bien intencionados que se equivocan no por querer hacer un daño a sus hijos, sino porque nadie les marca las consecuencias futuras de sus decisiones presentes.

Los cambios que debemos instrumentar exigen que estemos todos a la altura de las circunstancias. Tengamos presente que, para que los diagnósticos sigan empeorando basta con que los que podemos liderar un cambio no hagamos nada al respecto.

© LA NACION

El autor es director del colegio Los Róles



El homenaje retaceado

Por Marcos Aguinis

Para LA NACION

ES una vergüenza. Está por concluir 2003 y no se ha prestado ni remota atención al sesquicentenario de un acontecimiento mayor de nuestra historia. Considero que ese “olvido” es un síntoma grave. Con la excepción de pocas y asordadas manifestaciones, nadie se conmovió por el hecho de que se han cumplido 150 años de nuestra primera, progresista y visionaria Constitución nacional. Parece que ella no merece celebración ni entusiasmo. Ha vuelto a ser el “cuadernito” del que se burlaba Rosas, corregido y degradado por sucesivos intereses de turno. Ya no se tiene en cuenta que fue la piedra angular de nuestro despegue hacia un crecimiento en progresión geométrica, alucinante, que ni siquiera fue imaginado por los padres fundadores.

Recuerdo que, en 1960, el presidente Arturo Frondizi decretó una copiosa hilera de homenajes a la Revolución de Mayo. Era su sesquicentenario y esa circunstancia debía oxigenar cada célula del país a través de publi-

Está por concluir 2003 y no se ha prestado la debida atención al sesquicentenario de nuestra primera, progresista y visionaria Constitución

caciones, recorridos, restauraciones, cursos, actos, debates y manifestaciones artísticas. No sólo se exaltaba un instante inaugural, sino que se actualizaba el pasado para integrar mejor nuestro presente e inyectarle potencia al futuro.

Así como la Revolución de Mayo fue el comienzo de una epopeya, la Constitución de 1853 fue el inicio, la palanca y la antorcha de otra, sin cañones, pero conducida por una dirigencia ilustrada que transformó a un país vacío, analfabeto y ensangrentado en uno de los más prósperos del globo.

La Constitución nacional tuvo que soporiar la felonía y la corrupción. Baste mencionar los golpes de Estado que se sucedieron a partir de 1930 y el agravio de ponerle al mismo nivel un engendro chocante, como el Acta Institucional, por la que también debía jurar la ciudadanía. El daño a la estabilidad y credibilidad jurídica fue incalculable. Las excusas, por ingeniosas que fueran, no evitaron las heridas que se agregaron a nuestro siempre asténico respeto por la ley. Nos resultó fácil celebrar las glorias de Mayo, pero difícil o tedioso ocuparnos de la Carta Magna.

Hace dos décadas, poco antes de la Guerra de las Malvinas, el editor Luis Torres Agü-

ero lanzó una edición masiva de la Constitución nacional. Su gesto implicaba una estocada al corazón de la dictadura. Ahora parece un acto inocente, pero en aquellos días su notipista le preguntó si se había vuelto loco y si no tenía miedo de lanzar tanto material “subversivo”. El encuadernador aceptó realizar el trabajo, pero advirtió que no mandaría la factura para no dejar huellas de semejante insolencia. Torres Agüero no sólo imprimió y distribuyó el volumen, confecciona con amor de artista, sino que en la Feria del Libro reprodujo en una copia tamaño catástrofe el artículo que yo había publicado enseguida, calificándolo de “libro del año”.

Decía entonces que, por cierto, no se trataba de un olvidable *best-seller*. Tampoco del popular Libro Rojo de Mao, ni del Verde de Khadafi, ni del Marrón de los especuladores. Era un texto conciso, paralizado por la degradación nacional. Esa pequeña obra condensaba la Sagrada Escritura de nuestra organización colectiva, reunía los mandamientos básicos, respondía al sentimiento diacrónico de generaciones y, en ese momento más que nunca, debía ser el consenso abarcativo de todo el país.

Los argentinos teníamos que recuperar el equilibrio representado por la Constitución, que había sido cincelada con esfuerzo, lucidez y grandeza hasta convertirse en brújula. Con ella –ciñéndonos a ella– obtuvimos los anhelados frutos de “constituir la unidad nacional, afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad”. Pero la mezquindad de dirigentes y corporaciones atentó contra la majestad de la justicia; políticas demagógicas trastornaron el bienestar general, ideologías alienantes nos arrastraron hacia la miseria. La Carta Magna era objeto de profanación.

En 1982 ese texto se convirtió, en efecto, en el libro del año, con un altísimo nivel de ventas. Muchos ciudadanos lo compraban para releer, recomendar, debatir, regalar. Y lo hacían con el júbilo de las causas justas, que pronto desembocaron en la ansiada recuperación de la democracia.

Los hombres que hicieron la Constitución no eran parejas en calidad, pero sobresalían personalidades como Juan María Gutiérrez, Pedro Ferré, Salvador M. Del Carril, José Gorostiaga, Manuel Leiva, Martín Zapata, Mariano Fraguero. Unos habían sido federales; otros, unitarios, y había quienes ya estaban

por encima de esa trágica rivalidad. Circulaban libros y doctrinas que se analizaban con fervor; a los que se añadió la influencia decisiva de las Bases de Alberdi y la Constitución de los Estados Unidos. Los miembros de la Asamblea coincidían en la urgencia de sacar al país de su atraso mediante una inserción firme, sin rodeos, en el tren de la modernidad, disgustara a quien disgustase. Por eso hubo rápidos acuerdos en materia de educación popular (teníamos un 90% de analfabetos), inmigración (el territorio estaba casi vacío), aportes de capital extranjero (la Argentina no había sido un destino interesante), garantías cívicas (para poner fin a la inseguridad), respeto a la ley (violada sin respiro).

El 1° de mayo de 1853 se sancionó la Constitución de la Confederación Argentina, que convirtió en exultante realidad el sueño de los mejores. Significaba la creación de una legítima autoridad nacional, la supresión de las aduanas interiores, el reparto de las ren-

Nos resultó fácil celebrar la glorias de Mayo, pero parece haber sido tedioso ocuparnos de la Carta Magna, que fue best-seller al retornar la democracia

tas nacionales y derechos civiles para todos. Empezó un ascenso conmovedor.

Aunque la definitiva organización nacional tardó varios años más, en 1853 se dieron los pasos que condujeron hacia el progreso sostenido. Una pequeña legión de hombres despejados pudo desbrozar las malezas de fijaciones seniles, miedo al cambio y desconfianza del éxito. Eran hombres de mundo, de percepción abierta, de sincero amor por la patria.

Haber retaceado el debido homenaje a ese momento estelar de nuestra historia no se debe, por desgracia, a un descuido de agenda o a un atracción de compromisos urgentes, sino a que aún perdura en una franja de nuestra dirigencia el espíritu nocturno que planeaba antes de 1853. Me refiero a mezquindades caudillescas, voracidad por el poder vacío, inconsistencia frente a la ley, miedo al progreso genuino, demagogia en lugar de patriotismo, cálculos de corto plazo, ignorancia de las medidas rigurosas y coherentes que llevan al crecimiento. Por eso es elocuente y preocupante a la vez que hayamos caído en el “olvido” de este sesquicentenario.

© LA NACION

El último libro de Marcos Aguinis es *Las redes del odio*.

La responsabilidad del académico

Por Augusto M. Morello

Para LA NACION

con la historia, con la realidad y hasta con el futuro. Por eso, los académicos suelen quedar confinados dentro de las islas que son los laboratorios, las universidades o las academias, mientras que los intelectuales “suelen ocupar una esfera más vasta, llegan a la gente común y gravitan sobre la opinión”.

A las precedentes (el académico y el intelectual) agrega una tercera categoría, la que correspondería al humanista, que es aquel (mujer u hombre de la cultura) que puede ser académico o no, científico o intuitivo, sabio o ingenuo, pero “dotado de una sensibilidad y espíritu de entrega sobresalientes”, que se vuelca a la ayuda, a la solidaridad con sus semejantes.

El autor afirma luego que el doctor Reynaldo Chacón reúne estas tres características (en lo que, respecto de tan relevante personalidad, estamos por cierto de acuerdo).

Al margen de la dificultosa empresa de querer fijar los rasgos identificatorios que, en esencia, justifican el reconocimiento de esas categorías, el flaco diseño que

de los académicos dibuja el autor del trabajo aludido deforma su figura, despojada de nobles atributos. Hace ya más de dieciséis años que integramos una de tales entrañables instituciones, las academias. En ese lapso, a velocidad ca-

Una de sus más importantes preocupaciones –como lo fue para Mallea– es ayudar a la formación del hombre moral

da vez más rauda y, fundamentalmente, durante la actual presidencia del doctor Horacio García Bel-sunce, los académicos mostramos un comportamiento activo y perseverante que se instala en las antipodas de la errónea descripción de García Hamilton. Cerca de la vida y de sus ruidos, abordamos un sin fin de tópicos y buscamos brindar, en nuestro caso desde la óptica del derecho, explicaciones a las cuestiones más acuciantes.

Entre ellas se cuentan la deuda externa, el principio de seguridad, el pacto de Estado para la justicia, el funcionamiento de la Corte Suprema, los derechos fundamentales y sus garantías, los filosóficos problemas éticos del aborto, la eutana-

sia, la lucha contra la corrupción y el funcionamiento de las sociedades comerciales.

La importancia de la historia y de la tradición, el pensamiento filosófico y el peso del derecho comparado, la significación de los tribunales transnacionales, los derechos del niño y las tutelas urgentes son asuntos igualmente convocantes.

Al mismo tiempo, recorremos las universidades y colegios profesio-

de Córdoba se programan ciclos regulares de investigación y difusión. ¿Cuál es el confinamiento si, en 2002, en todas las provincias se abordaron más de 25 conferencias sobre el derecho, los abogados y la reconstrucción de la Argentina?

¿Quién podrá negar, entonces, que estamos atentos, inmersos en nuestro complicado y querido país, y que con sensibilidad seguimos el curso de las cosas? ¿Y quién podrá negar, igualmente, que, recordando a los maestros del derecho (Marienhoff, Ruda, Risolia, Guastavino, Mario Justo López y Jorge Bustamante Alsina, para mencionar sólo a algunos), en cada académico habitan –y con qué espesor!– la clásica dimensión del humanista y una solidaridad y estimulante vocación de servir, desinteresadamente, a la Nación y a nuestros semejantes, con las armas de sus conocimientos, prudencia y uso adecuado de la razón.

No parece elegante, finalmente, detenernos en la avara cuota de inteligencia o de brillantez que se adjudica a los académicos respecto de las otras categorías (y acaso no de-

Circo criollo

Razón de piquetero

Por Daniel Della Costa

Para LA NACION

SOLO ciertos políticos y algunos dirigentes piqueteros se cuentan entre los que se resisten a la transversalidad. Pero mientras los políticos reacios se limitan a una oposición dialéctica, los piqueteros la ejercen, a través del corte de calles y rutas, de un modo más bien salvaje, con lo que consiguen llevar a la crispación a los ciudadanos y sembrar el desconcierto en un Gobierno al que, hasta aquí, casi todo le había resultado fácil. Y que por eso mismo ahora, ante esta resistencia irrespetuosa, tan insensible a las amenazas como a la seducción, parece, por primera vez, no saber qué camino tomar. Si agarrarlos a palos, a riesgo de que la policía se pase de rosca y ponga a K en la ominosa ruta del helicóptero, o continuar otorgándoles planes Trabajar mientras le prende velas al mago Lavagna para que consiga la desocupación cero.

Si éstas son, como sospecha la calle, las alternativas que se manejan, la cosa va por mal camino. Antes asomará una idea en la cabeza de Bush, o se conseguirá que los acreedores de la Argentina festejen la quita del 75% de los bonos *defaulteados*, que una baja sensible del desempleo en el corto plazo. Por lo que, salvo que se les apliquen impuestos al *piercing* o a los tatuajes, la Tesorería va a quedar exhausta mucho antes de que se extinga el último piquetero.

Las protestas han sido cosa de todos los días estos últimos años. Pero mientras los que caceroleaban por la plata del corralito-corrallón amenazan con reducirse a Nito Artaza y Perico Pérez, y los que lo hacían para que se fueran todos o se acomodaron también ellos o se consagraron al budismo zen, la especie de los cortadores de caminos no hace más que multiplicarse.

¿Por qué? Por varias razones. Una, genuina, la subsistente alta desocupación y la infinita extensión de la miseria. Otra, obvia, porque la presión constante ha demostrado su eficacia a la hora de exigir la ayuda del Estado. Otra más, porque el prudente trato que el Gobierno les da a los piqueteros, aun a los más discolos y agresivos, se parece mucho a la debilidad. Y la última y primordial, porque los jefes piqueteros fungen como tales –y, por ende, cobran y salen por TV– en tanto que las cosas sigan como hasta ahora. Por lo que la peor perspectiva que pueden enfrentar es que, efectivamente, Kirchner-Lavagna resulten una mezcla de Harry Potter y Merlin el mago, que den vuelta al país como un panqueque y que haya que traer obreros de Alemania. De lo que se defienden de dos maneras: privilegiando la pugna por el subsidio y no por el empleo, porque los tipos con trabajo abandonarían sus filas, y apelando a una capacidad proteica que pocos les conocían. Amplían los rubros, con la incorporación de protestas contra el ALCA, el FMI o la guerra en Irak, lo que les representa un incremento de la clientela; suplen las eventuales bajas y pueden, por añadidura, compensar el *estrilo* que causan los cortes con el apoyo de los que, de verdad, quieren merendarse a los yanquis y al capitalismo.

“Maestro –dijo el reo de la cortada de San Ignacio–, por mí que sigan cortando, nomás, las calles. A esta altura de mi vida, lo único que me puede volver loco es encontrar-me el baño ocupado.” © LA NACION

EL escritor José Ignacio García Hamilton, en un trabajo aparecido en estas páginas (*Un intelectual contra la tendencia a caer*, 20/6/03) expresa diversas consideraciones respecto de los académicos que, estimo, distorsionan su perfil y forma de actuación, lo que nos lleva a formular estas respetuosas reflexiones.

El autor agrupa a los hombres de la cultura en tres categorías: el intelectual, el humanista y el académico. A este último lo caracteriza, en síntesis, con los siguientes trazos.

● Se dedica generalmente a un solo tema.

● Suele ser un erudito y, a veces, no necesita ser muy inteligente, sino estudiosos, metódico y productivo.

● Trabaja en el plano de las ideas. En cambio, los datos con que identifica al intelectual son:

● Suele tener miradas más amplias e inquietudes más ambiciosas.

● Generalmente es erudito, pero además tiene que ser inteligente y, en ocasiones, es brillante.

● Es el que relaciona las ideas de su disciplina con el orden social,

je de tener razón en lo que concierne a quien esto escribe).

Como ha sido señalado con certeza, la educación, la búsqueda de excelencia, la intensa labor de actualizar el pensamiento son prioritarias en esta hora. Aportar no sólo trabajos, investigaciones, dictámenes, proyectos y declaraciones concernientes a la ciencia, sino posibles soluciones a los problemas concretos es la tarea que los académicos asumen con perseverancia en la convicción de que cuanto hacen en tal sentido es plausible y beneficioso para el futuro de nuestra patria.

Nos parece, dicho con la máxima humildad, que, al menos por ahora, los académicos no corren el riesgo del diletantismo y tienen en claro la sarmientina creencia acerca de la educación. Una de sus más importantes preocupaciones, como también lo fue para Eduardo Mallea, es ayudar a la formación del hombre moral. © LA NACION

El autor es miembro de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires.